

Noviembre 2023

N.º 510 / 9 euros

# Revista 1923 2023 de Occidente



## LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA HOY

MANUEL FERNÁNDEZ-MIRANDA  
GONZALO RUIZ ZAPATERO • LINO CAMPRUBÍ  
JAVIER PÉREZ-JARA • DAVID ALVARGONZÁLEZ  
LUIS-GETHSEMANÍ PÉREZ-AGUILAR

## EL DISCURSO HISTÓRICO DEL PERIODISMO

*IN MEMORIAM* JORGE LOZANO

PABLO FRANCESCUTTI



Viñeta: RUBÉN RODRIGO

Noviembre 2023

N.º 510



# Revista de Occidente

Fundada en 1923  
por  
José Ortega y Gasset

Director:

**Fernando R. Lafuente**

Secretaria de Redacción:

**Amalia Iglesias Serna**

Gerente:

**Carmen Asenjo Pinilla**

Consejo de Redacción:

**Rosa Aparicio • Esther Bendahan • María Blasco • Anna Caballé  
Elea Giménez • Ángeles González-Sinde • Jon Juaristi • Manuel Lucena Giraldo  
Alfonso Lucini • María Luisa Maillard • César Antonio Molina  
Mercedes Monmany • Eduardo Posada-Carbó • Pablo Posada Varela (†)  
Mario Vargas Llosa**

Diseño de maqueta: **Vicente Alberto Serrano**

Edita:

**Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón**

Redacción y Publicidad:

Fortuny, 53. 28010 Madrid Teléf.: 91 700 35 33

[revistaoccidente.coordinacion@fogm.es](mailto:revistaoccidente.coordinacion@fogm.es)

[www.ortegaygasset.edu](http://www.ortegaygasset.edu)



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte en 2023.

Distribuidora: **SGEL** (Sociedad General Española de Librería)

Avda. Valdelaparra, 29 (Polig. Ind.) 28008 Alcobendas (Madrid) Teléf.: 91 657 69 00 / 28

ISSN: 0034-8635

Fotocomposición, impresión y encuadernación: **M y P color**

**B Sabadell**  
Fundación

Cultura y talento

[www.fundacionbancosabadell.com](http://www.fundacionbancosabadell.com)

# Revista de Occidente



Este número de  
*Revista de Occidente* dedicado a  
«La arqueología española hoy»  
ha contado con el patrocinio  
de la Fundación Ramón Areces



FUNDACIÓN  
RAMÓN ARECES

## SUMARIO

<i>Entre la antropología y la historia.</i> <b>Manuel Fernández-Miranda</b>	5
<i>«La arqueología hoy», treinta y cinco años después.</i> <i>Libros esenciales.</i> <b>Gonzalo Ruiz Zapatero</b>	15
<i>La arqueología como arqueología y la relativa independencia de la cultura.</i> <b>Lino Camprubí y Javier Pérez-Jara</b> <i>¿Es la arqueología una ciencia o una técnica?</i> <b>David Alvargonzález</b>	36
<i>Hacia un paradigma unificado en la arqueología darwiniana de la iberofonía.</i> <b>Luis-Gethsemaní Pérez-Aguilar</b>	54
<i>El discurso histórico del periodismo.</i> In memoriam <i>Jorge Lozano.</i> <b>Pablo Francescutti</b>	68
<i>José María Maravall, un político intelectual.</i> <b>César Luena</b> <i>Universidad, vocación y esfuerzo en un texto inédito de Carmen Laforet.</i> <b>Noemí Montetes-Mairal y Laburta</b>	86
	99
	114
■ <b>NOTA</b> <i>La autonomía estratégica europea.</i> <b>Fundación Ramón Areces</b>	127
■ <b>CREACIÓN LITERARIA</b> <i>Poemas inéditos.</i> <b>Celia Corral Cañas</b>	132
■ <b>ÓPERA</b> <i>Divas/os.</i> <b>Blas Matamoro</b>	139
■ <b>CINE</b> <i>Pisar para subsistir: entre garajes y falsas ventanas.</i> <b>Iván Cerdán Bermúdez</b>	144
■ <b>LIBROS</b> <i>Los manuscritos del Mar Muerto y sus consecuencias.</i> <b>Antonio Jiménez-Blanco Carrillo de Albornoz</b> <i>Libros necesarios y no suficientes.</i> <b>Miguel Escudero</b>	147
	154

## Hacia un paradigma unificado en la arqueología darwiniana de la iberofonía

Luis-Gethsemaní Pérez-Aguilar

Este monográfico al que se nos ha invitado a participar tiene como objetivo abordar, desde un punto de vista actual, el panorama filosófico que envuelve el desarrollo teórico de la arqueología en nuestro país. Un tema tan amplio desborda sin duda cualesquiera de los breves ensayos que pueda incluir este número misceláneo. Esto es así porque –al igual que ocurre con otras tantas ciencias humanas y sociales– existe una miríada de perspectivas teóricas que impiden hablar, desde el plano epistemológico, en singular. Esta pluralidad de enfoques llevaría, por tanto, a hablar no de *la arqueología hoy* sino de *las arqueologías hoy*.

*La(s) arqueología(s) hoy*

Teniendo en cuenta que se nos propuso contribuir en razón de un libro que en el año 2021 publicamos en la Editorial Universidad de

Sevilla, titulado *La arqueología como biología. Una introducción teórica a la arqueología darwiniana*, preferimos acotar nuestra reflexión y hacer una aportación desde lo concreto: la situación en la que actualmente se encuentra este marco teórico, especialmente en el ámbito de lengua hispana.

Al igual que Francis Fukuyama preconizara en su libro *El fin de la historia y el último hombre* (1992) el fin de la dialéctica –de clases, Estados e imperios– como resultado de la caída de la URSS y el triunfo hegemónico de EE.UU., también hubo arqueólogos que, arrojados a los brazos del constructivismo postmoderno, auguraron el fin de la teoría arqueológica al margen de este paradigma. En un contexto de globalización del sistema económico capitalista en el que se hipostasiaba el modelo democrático liberal como único camino a seguir, los enfoques filosóficos postmodernos y sus aplicaciones a los distintos campos del conocimiento trataron de hacerse pasar como –usando su propia jerga– la metanarrativa hegemónica. Sólo que las metanarrativas eran todas las demás; y éstas se habían disipado como las sombras reflejadas en la caverna de Platón cuando los prisioneros habían logrado liberarse y *observar* –construir– la realidad bajo la luz del sol –la postmodernidad.

Hasta entonces las distintas escuelas interpretativas en arqueología habían debatido asuntos macroteóricos tales como qué es la cultura, qué relación existe entre cultura y sociedad o de qué forma evolucionan éstas y quién o qué factores son los «motores» de tales cambios. Todo ello sobre la base del registro arqueológico y con el afán de poder explicar las continuidades y discontinuidades que se observan en él.

La postmodernidad en arqueología trató de implantar, sobre todo a partir de la década de 1990, una «verdad absoluta e incuestionable» que se escapa a su propio sistema de coordenadas relativistas, pues se anuncia como un axioma no relativo: que son los individuos los que, desde su voluntad y consciencia, construyen la

realidad a través de sus acciones particulares y de las cosas o lugares que crean y con los que interaccionan. Algunos añadirían a este esquema lo que llamo «efecto *boomerang*», un viaje de ida y vuelta en el proceso constructivista en el que los individuos moldean la realidad –antrópica y no antrópica, pero sí antropizada– a la par que dicha realidad puede moldearles a ellos a través de la experiencia cotidiana, llegándose incluso al extremo de reconstrucciones multilaterales entre agentes y el mundo que les retroalimenta.

Sobre esta base se desarrolló una obsesión empática (*emic*) por rastrear en el contexto arqueológico no ya procesos o tendencias generales a través del método científico –del cual se desconfía, cuando no directamente se trata de invalidar–, sino subjetividades, identidades, ideologías, proyecciones simbólicas e incluso perceptibilidades y sensaciones que fueron construidas por las personas en el pasado. También se han ensayado aproximaciones sobre el *feedback* de los paisajes culturales y de las «cosas» sobre los agentes. Asimismo, se promovió una aproximación al registro arqueológico desde la hermenéutica, relegándose a un segundo o tercer plano los métodos racionales, objetivables y cuantitativos. Desdibujados los «viejos debates» bajo la proclama de lo que entendieron como «culmen teórico», y teniéndose en cuenta que *extra Ecclesiam nulla salus*, estos parámetros postmodernos son los que más eco mediático –debe subrayarse lo de mediático– tienen a nivel académico, editorial e incluso a la hora de obtener financiación para llevar a cabo proyectos.

En las últimas décadas el constructivismo ha tratado de hacer pasar como novedades teóricas lo que realmente ha sido el despliegue de nuevos ejes temáticos. Dentro de esta amalgama –que críticamente denomino «arqueología indefinida», «extravagante» o «*woke*»– podemos encontrar campos tales como la arqueología simbólica, la arqueología del paisaje, el «neomarxismo» arqueológico, la arqueología de la etnicidad, la arqueología de género, la

arqueología *queer*, la arqueología simétrica y el reciente desarrollo del ecologismo dentro de la disciplina que –erróneamente– ha tratado de venderse como un enfoque ecológico, y que está poniendo en boga ideas tan poco consistentes en ecología, física y geometría como las de «resiliencia», «reciclaje de materiales» o la mal llamada «economía circular» –puesto que realmente evoca, sin considerar la existencia de entropía, una trayectoria en forma de circunferencia que conduce armoniosamente hacia el mismo punto de partida, no teniéndose esto por qué cumplir dentro de un plano circular, por lo que debería llamarse «economía circunferencial».

Pero, al igual que Fukuyama se equivocó en su predicción sobre el fin de la historia, tampoco la perspectiva postmoderna en arqueología ha sido el fin de la teoría arqueológica en términos paradigmáticos. No lo fue en las décadas de 1980-1990 y tampoco lo es actualmente, pues al margen de esta moda mediática –entiéndase el término «moda» en su acepción matemática, y volvemos a subrayar lo de mediática– hay investigadores que no renunciaron a lo que los postmodernos trataron de hacer pasar como «viejos debates». Nunca dejó de haber arqueólogos historicistas, marxistas ni procesuales.

Del mismo modo que los marxistas trataron de adueñarse del concepto de materialismo –no dejando ver que hay enfoques materialistas no marxistas–, los arqueólogos postmodernos hicieron lo propio con la categoría de arqueología postprocesual. Pero ciertamente hay otras líneas teóricas postprocesuales que no son postmodernas, y que surgieron tras la *New Archaeology* –que, como decimos nunca ha dejado de existir. Es el caso de la arqueología darwiniana, de la que aquí hablaremos.

Pero el orden en el que aparecen en el tiempo estos paradigmas en arqueología es científicamente irrelevante, pues ello ni les suma ni les resta potencia explicativa. Guiarnos por el criterio de la temporalidad –algo a lo que nos oponemos– nos llevaría también a

cuestionar a la arqueología postmoderna, pues bebe de marcos filosóficos que son bastante anteriores a los de la supuesta «vieja nueva arqueología». Entendemos que el sentido de una crítica seria debe ir por otros derroteros y entrar al análisis triturador de los contenidos y no de los continentes y sus etiquetas. Y en España somos muy dados a esto último. De hecho, se ha dicho por parte de Alfredo González-Ruibal que la expresión «nueva arqueología» no vale para acotar al procesualismo, ya que sirve para distinguir a cualquier investigador que no sea histórico-cultural, desde Lewis Binford a Michael Shanks.

Sin embargo, hoy por hoy la mayoría de arqueólogos que conozco abogan y practican un positivismo radical, y las interpretaciones que hacen podrían entrar perfectamente en la órbita del historicismo cultural, que es tanto o más del presente que el resto de enfoques, sólo que ellos se consideran «ateóricos». Y no me estoy refiriendo precisamente a arqueólogos de ochenta o noventa años. Los hay de todas las edades, desde los más veteranos a recién graduados e incluso estudiantes. ¿Por qué ellos no son también nuevos arqueólogos? ¿Por qué poner la frontera temporal en el historicismo cultural y no en la arqueología anticuaria o en la arqueología entendida como historia del arte antiguo? Este tipo de debates terminológicos, guiados por una perversa y ficticia «lógica de la superación», son –en mi opinión– una auténtica pérdida de tiempo y nos alejan de las discusiones realmente importantes. También creo que debemos rehuir de las modas teóricas, ya que la ciencia ni es democrática ni se despacha al peso. De resultar esto, la balanza debería inclinarse a favor del historicismo cultural y del positivismo en arqueología. Tanto es así que fuera y dentro de la Academia se está popularizando la expresión «dato mata relato» –¡buen relato positivista, dicho sea de paso! De lo que se trata es de poner sobre la mesa modelos explicativos y conceptuales coherentes que den sentido a la mayor cantidad de información posible

–pues los datos no hablan ni se explican por sí solos, siempre requerirán de un «relato», de un marco teórico.

### *Destejiendo términos y confusiones*

Si vamos a hablar de arqueología darwiniana necesariamente tendremos que aclarar una serie de aspectos previos que con frecuencia suelen llevar a malentendidos. En la introducción que Diego Núñez Ruiz hace a la traducción de Antonio de Zulueta de *El origen de las especies* de Darwin se comenta un hecho curioso relacionado con la recepción del libro en la sociedad de la época. Dentro de un contexto de enfrentamiento político entre progresistas y conservadores, los primeros solían caminar por la calle con un ejemplar de la obra de Darwin bajo el brazo ya que la Iglesia se había opuesto a su teoría de la evolución. Pero, dejando a un lado dicho alarde, fueron muy pocos los que leyeron el libro. Normalmente cuando hablaban sobre evolución ponían en boca de Darwin ideas de Lamarck. Esta situación ha cambiado realmente poco, pues suele ser bastante frecuente la confusión de ambos modelos evolutivos.

Fruto de esta confusión resulta un sambenito del que los darwinistas todavía no hemos logrado deshacernos en ciencias humanas y sociales. Los opositores a nuestro marco teórico tratan de zanjar rápidamente el debate definiéndonos como «darwinistas sociales», lo que equivale a decir –nada más lejos de la realidad– que justificamos la superioridad de unas razas o culturas sobre otras, de unos países o Estados sobre otros e incluso la subyugación de la clase obrera por la capitalista. Ya Marvin Harris –y otros antes que él– expresó en su *El desarrollo de la teoría antropológica: una historia de las teorías de las culturas* (1978) que estas ideas se habían atribuido injustamente a Darwin, cuando beben directamente del

evolucionismo de Herbert Spencer, por lo que deberían definirse no como «darwinismo social», sino como «spencerismo». Cuando se compara el modelo evolucionista de Spencer con el de Darwin podemos concluir que el primero guarda más similitud con la teoría de Jean-Baptiste Lamarck que con la del naturalista inglés. Y esto pese a que el mismo Darwin tomase prestadas algunas expresiones de Spencer, como la de «supervivencia del más apto», en un sentido puramente metafórico donde lo importante no es tanto el mero hecho de sobrevivir, sino la mayor probabilidad de dejar descendencia –que es lo que suelen omitir la crítica simplista.

Si tuviésemos que enumerar las claves fundamentales que caracterizan a los evolucionismos que beben de la *Filosofía zoológica* (1809) de Lamarck –tanto en lo estrictamente «biológico» como en lo sociocultural– tendríamos que mencionar: en primer lugar, que la evolución es teleológica, generando una gradación que va desde las formas más simples o inferiores a las más complejas o superiores, estando estas últimas más cercanas al propósito o meta. En segundo lugar, los enfoques lamarckistas más clásicos postulan una evolución unilineal y unidireccional o progresivista. En cambio, perspectivas lamarckianas más recientes pueden barajar un multilinealismo bidireccional –cuando se cambia en la dirección contraria al fin teleológico se habla de *involución* o de *evolución regresiva*. En tercer lugar, la inercia hacia el fin teleológico –que puede generar una o varias líneas evolutivas– puede ser estimulada a nivel extrasomático –ajuste adaptativo o resiliencia ante las circunstancias medioambientales– e intrasomático –la consciencia, la voluntad, la agencia. En cuarto lugar, se propone el mecanismo de la herencia de los caracteres adquiridos a nivel fenotípico entre una generación y su filial. Y en quinto lugar, se da también cabida a la generación espontánea de caracteres que no requieren de la existencia de materiales previos. Antes de la generalización del microscopio, esta idea se usaba para explicar la génesis de

gusanos, moscas o de otros seres que en sus fases de huevo o larvaria eran imperceptibles al ojo humano; a nivel sociocultural puede relacionarse con el tradicional concepto de invención *ex nihilo*.

Estos principios, trasladados a las distintas escuelas teóricas en arqueología, los vemos reflejados de una manera u otra entre evolucionistas del siglo XIX y principios del XX, historicistas culturales, marxistas, procesuales –quienes beben del neoevolucionismo de Leslie White y de la Ecología Cultural de Julian Steward– y también entre una parte de los arqueólogos postmodernos –otros, los más apegados al estructuralismo clásico, son directamente antievolucionistas y fijistas. Estas asociaciones no se apoyan en un mero ejercicio de «etiquetismo». Se basan en la confrontación del modelo evolutivo de Lamarck con las explicaciones de los cambios socioculturales que se dan desde dichas escuelas, evidenciándose profundas deudas teóricas. Este análisis comparativo ya lo apuntamos en un artículo publicado en la revista *Spal* titulado «Evolucionismos y ciencias históricas: darwinismo *vs.* lamarckismo en arqueología» (2011), y ha sido también barajado por otros colegas como Vivian Scheinsohn en su trabajo «El evolucionismo y la arqueología. Encuentros y desencuentros» (2011) o Daniel García Rivero en su libro *Arqueología y evolución. A la búsqueda de filogenias culturales* (2013), entre otros.

Por su parte, el actual modelo darwiniano hace énfasis en cuatro cuestiones fundamentales para explicar tanto la evolución genofenotípica como la sociocultural: Durante los procesos de replicación, las unidades evolutivas transmitidas experimentan cambios o modificaciones. Sobre la base de esta variabilidad operan diversas presiones selectivas que hacen más o menos frecuentes a tales unidades en función de la capacidad diferencial que éstas otorgan a sus interactores o vehículos evolutivos a la hora de maximizar el éxito reproductivo y el *fitness*. En tercer lugar, en la teoría darwiniana la evolución carece de un fin u objetivo

último hacia el cual se dirige. Una estrategia que en un momento dado puede ser retenida y adaptada selectivamente puede dejar de serlo si cambian las circunstancias. Del mismo modo, rasgos o caracteres que son menos frecuentes, o que directamente son criados, podrían llegar a ser seleccionados y generalizados de cambiar el contexto selectivo que les rodea por otro circunstancialmente más propicio. En este sentido, la evolución carece de meta o fin teleológico alguno. Tampoco es adaptacionista, pues ningún cambio o estrategia que persiga un objetivo está asegurado de manera previa a la criba selectiva, que es la que termina adaptando o no. El éxito o fracaso siempre dependerá de las circunstancias cambiantes y aleatorias que definen los procesos de retención selectiva que operan sobre los distintos y variopintos vehículos evolutivos. Finalmente, los más recientes aportes teóricos han llegado a la conclusión de que las presiones selectivas actúan a diferentes escalas, pudiendo esto generar distintos resultados –selección multinivel. Hay presiones selectivas que operan sobre las unidades más elementales –genes, memes, individuos– pero también hay otras que lo hacen sobre realidades más complejas –grupos, poblaciones, nichos ecológicos, ecosistemas, etc.

En arqueología, el modelo evolutivo que acabamos de describir sólo ha sido utilizado a la hora de analizar los cambios socioculturales a través del registro arqueológico por la *Darwinian Archaeology* o arqueología darwiniana. Esta escuela teórica arrancó con posterioridad al procesualismo. En este sentido deben citarse los trabajos «Style and function: a fundamental dichotomy» (1978), «Evolutionary theory and archaeology» (1980) y «Aspects of the application of evolutionary theory in archaeology» (1989), del pionero Robert C. Dunne; así como el artículo «Symbiosis, instability and the origins and spread of agricultura: a new model» (1980) o el libro *Los orígenes de la agricultura. Una perspectiva evolucionista* (1990) de David Rindos.

### *El puzle de la arqueología darwiniana*

Desde que la arqueología darwiniana entró en escena a finales del siglo XX, ésta se ha visto encaminada hacia una progresiva fragmentación. Como si de un puzle se tratara, las distintas subcorrientes que se han generado guardan relaciones entre ellas. La síntesis y la nueva síntesis evolutiva del siglo XX funcionan como marco epistémico de referencia, haciendo que unas piezas encajen con otras, pese a tener cada una sus particularidades en cuanto a objetos de estudio y escalas analíticas.

Se ha dicho que la primera gran bifurcación tuvo lugar entre los llamados arqueólogos seleccionistas y los partidarios de la ecología evolutiva de la conducta humana. Entre ellos hubo arduos e interesantes debates teóricos a modo de críticas y contracríticas publicadas en sucesivos artículos. Una compilación de estos puede verse en el libro *Clásicos de teoría arqueológica contemporánea* (2007), editado por Luis A. Orquera y Victoria D. Horwitz.

La arqueología seleccionista entiende que los elementos que componen la cultura material son una extensión del fenotipo. El registro arqueológico permitiría por tanto estudiar los procesos de evolución en términos darwinianos, ya que la cultura material se transmite tanto de forma horizontal, entre individuos, como vertical u oblicua entre generaciones, y a través de mecanismos de aprendizaje, imitación e incluso desinformación. La replicación cultural genera innovaciones y errores que provocan variabilidad, y tales diferencias proyectan sobre los usuarios disímiles capacidades sobre las que actúan las presiones selectivas, confiriéndoles circunstancialmente ventajas o desventajas en términos de eficiencia biológica y *fitness*. Así sucede, por ejemplo, con las mejoras armamentísticas para la caza o la guerra, o con la práctica de actividades agropecuarias que permitieron sostener más peso demográfico que la caza-recolección, pese a la merma de la calidad de vida.

Para estos arqueólogos las presiones selectivas actúan sobre los individuos y puede hacerse una aproximación a tales procesos de retención selectiva analizando los artefactos documentados en el registro arqueológico, pues éstos se relacionan en última instancia con la eficiencia biológica y con el éxito reproductivo de sus portadores. Es decir, se parte de la base de que hay coevolución entre los componentes del fenotipo extendido, el fenotipo y el genotipo. En razón de ello, desde la arqueología seleccionista se inauguró una fértil línea de investigación centrada en el estudio cladístico y en la reconstrucción de filogenias de artefactos arqueológicos.

La Ecología Evolutiva de la Conducta Humana (EECH) surgió también en la década de 1980 con obras como *Hunter-gatherer foraging strategies: ethnographic and archaeological analyses* (1981), editada por Bruce Winterhalder y Eric Alden Smith. En general, sus partidarios han estudiado las correlaciones entre las comunidades humanas —especialmente de cazadores-recolectores— y los ecosistemas que ocupan. La idea básica que proponen es que los seres humanos elaboran racionalmente estrategias de ajuste adaptativo para adaptarse a las diferentes circunstancias del medio ambiente. Valga decir que el concepto de ajuste adaptativo ha sido sustituido recientemente por un término de moda, el de resiliencia.

Este matiz adaptacionista ha llevado a algunos críticos —como quien suscribe— a vincular esta perspectiva con el evolucionismo lamarckiano a través de la ecología cultural norteamericana de Julian Steward. Una serie de factores exógenos —disponibilidad de recursos, clima, etc.— o endógenos —disponibilidad de parejas, demografía, etc.— pueden provocar disturbios que estimulan el desarrollo de respuestas adaptativas, valorándose los costos y beneficios para ajustar eficientemente las conductas a las circunstancias concretas en la búsqueda de un nuevo equilibrio hombre/medio. Dicho de otro modo, entienden que la adaptación es una respuesta racional a las presiones selectivas, y no una consecuencia de éstas tras operar

sobre la variabilidad conductual y cultural preexistente —esto nos recuerda a cómo Lamarck explicaba la evolución del cuello de las jirafas, y a la imposibilidad que el lamarckismo tiene de explicar las extinciones o la existencia de conductas maladaptativas o subóptimas.

Interpretan la diversidad de artefactos detectadas en el registro arqueológico como resultado de tales ajustes adaptativos conductuales a los medios cambiantes. En razón de ello, ven en el estudio de la cultura material una forma de inferir conductas del pasado. Para esto también se apoyan en el análisis de paralelos etnográficos. Como consecuencia de tales preocupaciones por las pautas conductuales de ajuste adaptativo —o respuestas resilientes—, han elaborado multitud de modelos cuantitativos y económicos: de valor marginal, *Z-Score*, de riesgo de decisiones múltiples, de optimización, etc.

La teoría de la herencia dual aparece en la década de 1980 en el campo de la antropología, llegando a la arqueología a partir de 1990 con estudios como *Point typologies, cultural transmission and the spread of bow-and-arrow technology in the Prehistoric Gread Basin* (1999) de Robert K. Bettinger y Jelmer W. Earkens; o *Genes, memes, and human History. Darwinian Archaeology and cultural evolution* (2002) de Stephen Shennan. Su despliegue difícilmente puede entenderse sin atender al desarrollo de la memética de Richard Dawkins o al estudio de los modos de replicación de la cultura que hicieron autores como Luigi L. Cavalli-Sforza, Marcus W. Feldman, Robert Boyd o Peter J. Richerson.

La gran diferencia entre los seleccionistas y los partidarios de la herencia dual radica en que estos últimos entienden que la herencia cultural presenta mecanismos propios e independientes de la herencia genética. No obstante, se entiende que hay coevolución entre genes y memes, ya que durante los procesos de criba selectiva que afectan a los individuos y a las poblaciones no se hace

distingo entre ambos tipos de unidades evolutivas, pues la selección actúa sobre los interactores o vehículos evolutivos que contienen a ambos a la vez. Precisamente al conferirle autonomía a los procesos de replicación cultural, se han centrado *in extenso* en explorar las diferentes estrategias de transmisión cultural –vertical, horizontal, de maestro/líder, de concertación, etc.– así como los ritmos y las diferentes tasas de variación que éstas generan.

En comparación a lo sucedido con la EECH, la diferencia entre la arqueología seleccionista y la teoría de la herencia dual no es de clase sino de grado. Esto mismo sucederá con el último posicionamiento que traemos a colación: la teoría de construcción de nichos ecológicos o de la triple herencia. Ésta se desarrolló entre las décadas de 1980 y 1990 de la mano de biólogos evolutivos como John Odling-Smee o Kevin N. Laland, pero a la arqueología llegó algo más tarde, con trabajos como *Nicho y estrategia predominante. Dos conceptos necesarios en arqueología evolutiva* (2009) de Hernán J. Muscio; *Niche construction theory and Archaeology* (2010) de Kevin N. Laland y Michael J. O'Brien; o *Niche construction theory and human Prehistory. Using artifact phylogenies and comparative methods to study past human ecosystem engineering* (2010) de Felix Riede, entre otros.

Esta subcorriente introduce el concepto de nicho ecológico como tercer eje analítico a considerar. Dentro de un ecosistema dado, las poblaciones de organismos interactúan unas con otras, así como con el resto de componentes abióticos, ocupando cada una de ellas roles o nichos ecológicos concretos a través de las estrategias económicas predominantes que practican. Fruto de tales interacciones, una comunidad puede generar un impacto evolutivo en las dinámicas de otras poblaciones a través de la construcción de su nicho ecológico, pero también la dinámica evolutiva y los nichos ecológicos del resto de componentes del ecosistema conforman presiones selectivas que actúan sobre la referida población y sus entramados socioculturales, adaptándolos circunstancialmente

en algunos casos y disminuyendo su frecuencia o conduciéndola a la extinción en otros. De este modo, las presiones selectivas no son consideradas a nivel teórico como procesos externalistas, sino interaccionistas. Una novedad interesante de este enfoque, y que lo distancia aún más de la EECH, es que entiende que los contextos ecológicos pueden funcionar en sí mismos como unidades de herencia modificada y sometidas a los procesos de selección. Por tanto, los cambios que una población proyecta para construir su nicho pueden generar contextos ecológicos y ambientes selectivos que serán heredados por, y presionarán selectivamente a, las generaciones futuras. Pensemos por ejemplo en el accidente nuclear de Chernóbil de 1986 (Prípiat, Ucrania) como caso extremo, pero clarificador de lo que decimos.

La teoría de la triple herencia en arqueología permite dar un salto desde el análisis de los artefactos al estudio de los grandes territorios y los ecosistemas de los que formaron parte las poblaciones humanas del pasado. También constituye un buen punto de anclaje con el imperativo energético que hay tras las dinámicas metabólicas de los organismos, inclusive las sociedades de *Homo sapiens*, como hemos explicado en *El imperativo energético de las leyes de la termodinámica a las sociedades humanas* (2021). El balance *input/output* de energía es fundamental para comprender tanto la construcción de nichos a través de las estrategias económicas predominantes como para entender la acción de las presiones selectivas medioambientales sobre las redes de asentamientos. Un ejemplo podría verse en el impacto que una crisis minera ejerce sobre una comarca que ha practicado este monocultivo económico, ya sea por agotamiento del mineral o porque las técnicas empleadas impiden sacar un beneficio tal que compense lo invertido. Al no poderse retribuir energéticamente el *output* entrópico que impone la segunda ley de la termodinámica, el balance negativo terminará afectando a la demografía de la zona u obligará a diversificar las

estrategias económicas a través de la construcción de nuevos nichos ecológicos.

*De la fragmentación de la arqueología darwiniana anglosajona a la unificada arqueología darwiniana de la iberofonía*

A los arqueólogos darwinianos españoles no deja de llamarnos la atención esta diversidad de subcorrientes que existe dentro de la *Darwinian Archaeology* anglosajona. Sobre todo porque el acercamiento que José Luis Escacena –pionero en la aplicación de este enfoque en nuestro país– nos ha ofrecido parte de un marco teórico unitario, donde tales divisiones y subcorrientes directamente no han tenido cabida. Hace años, mi colega Álvaro Gómez Peña hizo una estancia en Inglaterra con Stephen Shennan. Me decía que en la primera reunión que tuvieron éste le preguntó que a qué subcorriente se adscribía, y que él al principio no daba crédito, pues desconocía la existencia de éstas.

Kristen J. Gremillion comenta en su *Two faces of Darwin: on the complementarity of Evolutionary Archaeology and Human Behavioral Ecology* (2009) que la existencia de tales subcorrientes se debe a la necesidad de dar respuestas desde el darwinismo a preguntas formuladas desde diferentes niveles de la realidad para afrontar distintos problemas. Sin quitarle razón respecto a este asunto, tal vez debamos aplicar la propia teoría darwiniana de la evolución para arrojar luz sobre este tema. El mundo anglosajón ha sido el motor principal de esta escuela teórica y en él es donde más desarrollo y aplicaciones ha habido. Al ser allí donde más partidarios hay y donde este enfoque más se enseña y difunde, cabe pensar que la tasa de variabilidad es más alta que en otras regiones del mundo donde la arqueología darwiniana tiene presencia. Esto encaja perfectamente con la explicación de Gremillion, porque cada una

de estas subcorrientes ha construido un nicho de pesquisas concreto.

Algunos pensarán que esto puede traducirse como un retraso teórico de la *periferia* respecto al mundo anglosajón. Sin embargo, creo que supone toda una ventaja que puede posicionar a la iberofonía en la centralidad del desarrollo teórico del paradigma evolutivo en arqueología. Adscribirse a ultranza a una de estas subcorrientes limita seriamente la fertilidad y potencia analítica de este enfoque interpretativo, e impide poder trabajar con distintos objetos de estudio –artefactos, conductas, huesos humanos, sitios, redes de sitios, ecofactos, etc.– y diferentes unidades de análisis espaciotemporales –micro, semimicro, macro.

Tanto es así que desde hace algo más de una década una serie de colegas argentinos y de otros lugares vienen trabajando a favor de un proceso de síntesis o unificación que se traduzca en un marco inclusivo de la arqueología darwiniana. Posiblemente este impulso sea más factible desde la *periferia* del mundo anglosajón por las razones mismas que arriba he anotado: el menor peso demográfico de los núcleos *periféricos*, que proyecta de una mayor libertad de acción a la hora de dar pasos hacia la unificación. Tanto estos colegas como yo mismo hemos publicado esbozos teóricos sobre por dónde debería encaminarse tal proceso de síntesis –aunque como digo, en España esto resulta menos problemático por la unidad de partida. Debemos mencionar el ya referido trabajo de Gremillion, pero también «On Evolutionary Ecology and Evolutionary Archaeology: some common ground?» (2000) de Hector Neff; «La reacción de la década de 1980 y la diversidad teórica posprocesual» (2005) de José Luis Lanata, Marcelo Cardillo y otros; «Cultura material y arqueología evolutiva» (2002) y «Procesos y patrones: una estructura evolutiva de niveles múltiples en arqueología evolutiva» (2009) de Hernán J. Muscio; «Theoretical and methodological issues in Evolutionary Archaeology: toward

an unified Darwinian paradigm» (2009), editado por Muscio y Gabriel López; o «Complementariedad teórica en arqueología: entrelazando perspectivas darwinistas y marxistas» (2013) de Gabriel López. También en el libro *La arqueología como biología. Una introducción teórica a la arqueología darwiniana* (2021) apuntamos en esta misma dirección.

No queremos terminar este breve ensayo sin llamar la atención sobre un concepto que nos parece fundamental, y que debería articular el montaje del puzzle teórico en el seno de una corriente epistemológica que se proclama materialista. Como se habrá percatado el lector, los arqueólogos hacen alusión con mucha frecuencia a la «cultura material» –término que conscientemente se ha usado en este escrito para ahora triturarlo. Esta constituye, por así decirlo, la «materia prima» con la que trabajamos en la disciplina. No obstante, se trata de un concepto que irreflexivamente hemos asumido sin pensar un mínimo a qué nos estamos refiriendo con el sustantivo «cultura» y mucho menos aún con el adjetivo «material». No voy a abordar aquí la problemática referente a la cultura, pues requeriría de un ensayo independiente. Pero sí me detendré sucintamente sobre el concepto de materia, pues me parece un auténtico despropósito que las escuelas que se dicen materialistas asuman acríticamente una noción proveniente del idealismo.

Normalmente cuando se dice que la arqueología se ha especializado en el estudio de la cultura material de las sociedades pretéritas, se emplea tal adjetivo para distinguir ésta de una supuesta «cultura inmaterial». Entendemos que este idealismo debería ser purgado al menos por la escuela teórica en la que participamos. Para tal depuración debemos apoyarnos en el materialismo filosófico de Gustavo Bueno, concretamente en los *Ensayos materialistas* (1972) y en el libro *Materia* (1990). También podemos acudir a los artículos «¿El patrimonio de la cultura popular tradicional es realmente inmaterial o intangible?» (2003) y «El imaginado

“patrimonio inmaterial”. ¿Un acercamiento a la verdad o una falsedad engañosa?» (2007) de Jesús Guanche.

Desde estas coordenadas se entiende directamente que toda la cultura es material, ya que cualquier conducta o elemento cultural puede definirse atendiendo a las tres categorías o géneros comunicables de la materia: M1, en referencia a la materialidad físico-química dada en el espacio-tiempo, y que es independiente de la conciencia humana, no implicando necesariamente corporeísmo, como por ejemplo sucede con los fotones; M2, en alusión a la materialidad subjetiva, dada antes en el tiempo que en el espacio; y M3 correspondiente con la materialidad de orden abstracto, es decir, de carácter matemático o lógico.

Desde estos tres géneros de materia podemos clasificar todas las manifestaciones culturales. El concepto «inmaterial» carece de valor operativo pues se trata, en palabras de Bueno, de una noción espiritualista que en todo momento incluye elementos corpóreos: danzas, silbos, la oralidad, etc. La errada noción de «cultura inmaterial» gira en torno a la confusión de lo material con lo corpóreo, cuando la materialidad no tiene por qué ser necesariamente corpórea. Piénsese en los fotones que conforman la luz o en la distancia entre dos cuerpos, que no es ajena o independiente de éstos. Demolida la idea referente a la inmaterialidad, resulta redundante el uso del adjetivo material cuando hablamos de los elementos que documentamos a través de las técnicas arqueológicas, ya que estos siempre serán materiales. De ser inmateriales no podríamos documentarlos ni inferirlos de modo alguno, ya que directamente no existirían.

L. G. P.-A.